

Y después de la indignación, ¿qué?

Josep Pradas¹

Nunca es tarde para indignarse, pero quizá lo sea para todo lo demás. El libro de Stéphane Hessel ha levantado una tremenda polvareda en los medios de comunicación, ha batido récords de ventas, ha sido traducido inmediatamente a otras lenguas, se habla de él entre docentes y quizá también en ambientes estudiantiles (que es el público a quien se dirige principalmente). Su mensaje es sencillo: hay suficientes motivos para indignarse por la situación actual del mundo en muchos de sus ámbitos (laboral, político, económico, social, internacional, etc.), así que no debemos quedarnos indiferentes sino levantar la bandera de la indignación y actuar en consecuencia, es decir, de forma no violenta pero encarándonos a nuestros dirigentes para manifestar nuestra voluntad de resistencia a sus pretensiones.

¿Es éste el único revulsivo que va a cambiar radicalmente la orientación de los políticos de los países occidentales, temerosos de lo que venga después de la indignación popular? ¿Estamos ante una revolución ideológica alternativa sólo porque ha habido una revolución en las librerías? ¿Es éste el momento clave en que los europeos debían indignarse, marcando un punto de inflexión histórico? ¿No hubo antes razones suficientes para la indignación?

Para intentar responder a estas preguntas debemos referirnos al concepto que vertebra todo el discurso de Hessel. Sorprende su uso como categoría movilizadora mediante la cual Hessel apela a la juventud a tomar el relevo de la resistencia social, siguiendo el viejo espíritu de la Resistencia francesa frente a los invasores nazis. La indignación, dice Hessel, es un sentimiento precioso, que moviliza, que compromete, que engancha a la gran corriente de la historia (esa que se supone emancipadora en nombre de la justicia y la libertad). También es un concepto equívoco, no hay que olvidarlo: la dignidad herida de las potencias europeas les llevó a la guerra en 1914.

Sorprende también el optimismo de Hessel hacia una generación de jóvenes que si bien ha sido capaz de poner patas arriba la periferia de París en nombre de sus derechos sociales, también es capaz de indignarse cuando no encuentra lo que busca en el supermercado. No conviene dejarse deslumbrar por las manifestaciones y las acciones estudiantiles, por radicales que sean. Los estudiantes y los jóvenes son seres que ocupan una lugar provisional en la escala social, están inmersos en una transición vital y cuando acaben sus estudios –o los abandonen– y crezcan un poco más, dejarán de ser jóvenes y estudiantes, y esa condición espiritual maravillosa les abandonará para siempre y ellos aterrizarán en la gris realidad del mercado laboral, para el que sólo serán meros productos con valor de intercambio, valor no siempre proporcional al nivel de sus estudios. Los revolucionarios no pueden contar indefinidamente con los jóvenes estudiantes porque estos dejan de serlo tarde o temprano y se transforman en adultos asalariados o en mandarines,

¹ Seminario de Filosofía Política, Universitat de Barcelona.

según les vaya, pero en ambos casos poco dispuestos a la movilización. Como dijo Goethe, el entusiasmo no es algo que pueda mantenerse en salmuera por mucho tiempo. Naturalmente hay excepciones, y Hessel debe ser una de ellas.

La confianza de Hessel hacia la indignación que puedan albergar los jóvenes de hoy se fundamenta en unos hechos históricos indiscutibles: allá por 1940, en la Francia ocupada por los nazis, muchos ciudadanos franceses, predominantemente jóvenes, iniciaron el movimiento de resistencia y de liberación de su país de las garras del monstruo, y que ese movimiento, ideológicamente ligado al republicanismo democrático, enarbolaba una serie de ideales éticos y sociales que podrían servir de referencia a los jóvenes resistentes de hoy. Y los jóvenes han de reclamar la recuperación de esos valores fundadores de las democracias europeas y en nombre de ellos evitar que se pierdan derechos conquistados con el precio de tanta sangre derramada.

La idea parece atractiva: la vieja guardia republicana reclama a los jóvenes que tomen el relevo moral y se movilicen para pararle los pies al monstruo devorador, que ahora se llama neoliberalismo. Pero pronto topamos con algunos inconvenientes: qué saben los jóvenes de hoy de aquellos momentos de ayer que sirva para pedirles el relevo; el relevo de qué, se podrían preguntar quienes no saben nada de De Gaulle y mucho menos de Jean Moulin (personaje, sin duda, de mayor calado moral que De Gaulle); si nos remitimos a la sociedad española, qué saben los jóvenes de hoy de nuestra Guerra Civil, de la resistencia al franquismo durante la posguerra, de los inicios de la democracia. Pero a la más que posible ignorancia juvenil hay que añadir las dificultades que pueden aparecer a la hora de presentar el pasado de la resistencia frente al monstruo. La integridad moral obliga a la coherencia y no se deben disfrazar los acontecimientos, aunque sea por una buena causa.

Es cierto que la moralidad estaba de parte de los resistentes activos y los que se opusieron más pasivamente al nazismo, pero como suele ocurrir, los acontecimientos reales están llenos de luces y sombras; las acciones humanas pueden tener consecuencias moralmente indiscutibles, pero no por ello se libran de carecer de manchas. Con todo lo que sabemos, ¿podemos estar seguros de que las sociedades democráticas de la posguerra se construyeron sobre valores éticos, como asegura Hessel? ¿Ya nos hemos olvidado de Yalta? ¿De verdad hemos de creer que detrás de la fundación de la ONU hay sólo valores éticos? ¿Cuántos borradores de la Declaración de los Derechos Humanos fueron a la papelera antes de que en un último momento se aprobara uno de tantos, y por qué no se aprobó otro de los que habían sido descartados, quizás más atrevido y emancipador? ¿Ya se han olvidado las detenciones de ciudadanos americanos de origen japonés, sospechosos de ser enemigos y retenidos en campos de concentración? ¿Ya se ha olvidado que ingleses y franceses habían sido tolerantes con los nazis, con Mussolini y con Franco, simplemente porque pensaban que el auténtico enemigo eran los comunistas? ¿Ya se han olvidado las pugnas políticas en el interior de la Resistencia francesa? ¿Ya hemos perdido de vista que los vencedores morales de la II Guerra Mundial iniciaron seguidamente una peligrosa carrera por el control mundial, y que las sociedades democráticas europeas se construyeron sobre la base del miedo a una III Guerra Mundial, separadas de sus hermanas orientales por un muro ideológico y sólo compensadas por el inicio del consumo de masas, que venía a premiar individual-

mente sus esfuerzos productivos colectivos? Si tenemos en cuenta todos estos elementos, parece que los valores morales sólo han servido de ornamento, y corremos el peligro de dejarnos deslumbrar por el mito de la Resistencia si nos es presentado sólo mediante sus símbolos morales.

No hay duda que Hessel alberga un gran orgullo, el de haber participado en tales acontecimientos históricos y haber actuado limpiamente. A esa medida responde proporcionalmente su indignación. A lo largo de su escrito se desliza su brillante pasado de activista, superviviente de los nazis, resistente y participante en la transformación de Francia en una democracia social. Quizás él sí tiene razones para intentar que la actual siga siendo una sociedad de la que podamos sentirnos orgullosos, porque ha asumido como propio, muy personalmente, el mito de la Resistencia; en cambio, quienes hemos llegado a esta sociedad ya construida y hemos conocido cómo fue el proceso histórico de su construcción ya no podemos dejar de ver la máscara y el enmascaramiento que supone la política, y no podemos sentirnos orgullosos de ese pasado, ni puede servirnos de guía para el futuro.

LA TRAICIÓN EN YALTA

Sólo el hecho de haber estado en primerísima línea de acción explica que Hessel ignore que los herederos políticos de la Resistencia traicionaron su espíritu en cuanto tomaron las riendas, pues ese espíritu original tenía un gran componente colectivista, por no decir comunista, que en un par de décadas dejó de inspirar a nadie, y fue desmantelado por no cuadrar con la evolución que los mercados imponían a las sociedades post-industriales: liberalización de los mercados y nuevo predominio del capital sobre el trabajo, en cuyo cenit nos hallamos ahora. Si el ideal de la Resistencia francesa es equiparable al ideal republicano, ambos han sido traicionados por la evolución de la economía y, subsiguientemente, por la evolución de las relaciones políticas, que dependen esencialmente de la economía. Ahora bien, esa traición no es un suceso reciente, como parece deducirse del texto de Hessel. Esa traición ya se tejó en Yalta.

Uno de los síntomas de esa traición consiste, según Hessel, en el agudo retroceso de la democracia participativa. Hessel toma como referencia el hecho de que los sindicatos franceses participaron en la toma de decisiones sociales hasta bien entrados los años 90, y también que a partir de las reformas del gobierno de Juppé, en 1995, el neoliberalismo invadió la política social y esas formas participativas quedaron relegadas. Ciertamente, la evolución de las democracias europeas ha llevado ese camino de retroceso de lo social frente a lo meramente económico. Ahora es el capital quien toma las decisiones frente a los intereses de los agentes sociales. Indignante, sí, pero no reciente. Nos podemos remitir a las actuaciones de la señora Thatcher, auténtica pionera del neoliberalismo mucho antes que Juppé. Y mucho antes aún, al proceso de desmantelamiento del New Deal de Roosevelt en manos de Richard Nixon.

Si nos atenemos a estos episodios liberalizadores de la economía respecto de toda responsabilidad social, no tan recientes, que Hessel utiliza como revulsivo para que la juventud retome el espíritu de la Resistencia, no podemos sino sorprendernos. Los viejos héroes de la Resistencia ya no pueden legar su herencia a las

jóvenes generaciones porque entre éstas y aquellos hay un enorme abismo, y no sólo un abismo generacional, sino histórico, como el que se abrió entre los hombres de finales del siglo XIX y los de después de la Gran Guerra, que tan elegantemente describió Zweig en *El tiempo de ayer* (1940). Leyendo las primeras páginas del texto de Hessel, leyendo una y otra vez ese «nosotros, los veteranos combatientes de la Francia Libre...», símbolo de esa movilización que abogaba por la nacionalización de la banca y las fuerzas productivas, acaba uno advirtiendo lo lejos que anda el viejo Hessel de la despiadada realidad que nos envuelve.

Pero el abismo entre él y nosotros subsiste, y sirve para explicar la evidente ausencia de indignación generalizada, o al menos por qué la indignación catalizada a través de la lectura del libro de Hessel no haya tenido una reacción consecuente en el ámbito social. Con un número de lectores mucho menor, el “J’acuse” de Zola en *L’Aurore* de Clemenceau tuvo mayores consecuencias movilizadoras en la Francia de finales del XIX. Es muy posible que en estos momentos haya en Francia un par de millones de lectores de Hessel totalmente indignados, pero se han quedado mudos, en sus casas, quizás transmitiendo su indignación mediante las redes sociales a que están conectados (dos o tres de media por cabeza). De la indignación emocional, espiritual o intelectual y privada, no se ha pasado a una indignación activa, pública y colectiva. La indignación fluye por la red, y fluye, fluye... hasta llegar al mar, donde se disuelve. Los individuos están ligados al movimiento de la gran rueda, cada cual accionando los resortes que le quedan más a mano, cada cual disfrutando del movimiento o eludiendo los baches en la medida que le sea posible; pero todos ligados a la gran rueda. De otra manera: si hoy no hay movilización frente a la flagrante ignominia del mercado liberal en todos los puntos del planeta es por la misma razón que no hubo indignación generalizada en Alemania cuando los nazis llegaron al poder y se hicieron con las riendas de la vida pública y privada de los alemanes. Si en Francia hubo un movimiento de Resistencia fruto de la indignación que la invasión nazi provocó en la población, se debió sobre todo al hecho mismo de la invasión y la posterior condescendencia del gobierno de Vichy, pero sólo por eso: en cualquier país invadido se producen bolsas de indignación y de resistencia.

Por este motivo, el referente de la Resistencia francesa al nazismo no es el más adecuado para ser presentado como fuente de inspiración de los nuevos indignados. De nuevo tropezamos con un abismo, un abismo de circunstancias históricas. No hay duda del valor moral del espíritu de la Resistencia, comenzando por el ejemplo de la muerte de Jean Moulin. Pero no nos podemos engañar, la Resistencia nos queda lejos, y en ella hubo también sus más y sus menos, la pugna política y la pura competencia por el poder pasando por encima de los mártires. Con el tiempo y la victoria, la Resistencia se convirtió en un movimiento político más, aferrado al poder y a unos principios que, cuando fueron discutidos por otros nuevos indignados, allá por el 68, defendió de una forma no tan digna.

LA REVANCHA NEOLIBERAL

Antes de leer el texto de Hessel resulta conveniente vacunarse contra los espejismos del pasado. Al apelar a los principios de la Resistencia, Hessel no puede escu-

darse en un pasado impoluto, legendario y glorioso. Ni debe intentarlo aprovechando la ignorancia que los años transcurridos han sembrado en los jóvenes susceptibles de dejarse llevar por esa llamada a la indignación. No es necesario forzar el contraste de las supuestas viejas glorias del pasado con la ignominia del presente. Para advertirla, basta con verla reflejada en los datos, que están ahí, al alcance de la mano, en la red, en los parámetros económicos, en los balances comerciales, en los mercados de materias primas, en los desfases de renta entre unos países y otros, en los presupuestos de cada país, en el evidente proceso de deconstrucción del Estado de Bienestar occidental, pero sobre todo, en el absolutamente ausente proceso de construcción social en los países pobres. La ignominia del neoliberalismo está ahí, plantando cara desde Nixon, envalentonada en la época de Reagan, teorizada por gentes como Robert Nozick y Francis Fukuyama y otros *anarcocapitalistas* que hoy se atreven a involucrar con la bandera de la sostenibilidad. La ignominia del neoliberalismo está ahí, desayunando cada día con nosotros, y por eso mismo no nos permite pasar de la indignación mental a la activa, porque estamos atrapados en ella.

Es cierto, pues, que en la época de la Resistencia era más fácil detectar al enemigo: estaba delante y llevaba uniforme, no se disfrazaba, se manifestaba como tal, y se dejaba ver, era el invasor, el que se llevaba a tu vecino por ser judío, era el vecino que denunciaba a otro por ser judío, etc. Así era mucho más fácil indignarse, levantarse una mañana en ayunas y tomar el digno camino de la resistencia. Hoy desayunamos con nuestro enemigo: el sistema que hace que dos tercios del planeta sirvan al otro tercio. Pero gracias a ese sistema tenemos una taza café y nuestra vida es relativamente normal, nuestros vecinos no denuncian a otros vecinos judíos ni llevan cruces gamadas en el brazo. Es un enemigo etéreo, está disfrazado y nos lleva de la mano al trabajo. Se camufla en su mediatez, se protege en la jungla de los medios de comunicación, subsiste en medio de la avalancha de información que el mismo sistema genera.

Con todo, no es cierto que las razones para indignarse sean menos claras que en 1940; todo lo contrario. La invasión nazi fue un motivo de una claridad y evidencia cartesianas debido a su inmediatez. Hoy, en cambio, sin tener que soportar una violenta invasión nos levantamos cada mañana conociendo datos suficientes para indignarnos mil veces más, tenemos acceso a informaciones que deberían enojar a millones de resistentes. Pero no, desayunamos y nos vamos a trabajar (si aún conservamos el trabajo). Después de la indignación viene la resignación. No nos resignamos por falta de motivos claros para la indignación, sino precisamente por exceso. Con todo lo que llegamos a saber sobre lo que ocurre, o sobre lo que sospechamos que ocurre en el mundo —porque en este punto sí que no es posible una certeza cartesiana—, nuestra reacción es de un sorprendente estoicismo: deglutimos la indignación y resistimos por dentro, inmovilizándonos.

No, Hessel ha vendido centenares de miles de copias de su panfleto, pero la indignación de sus lectores no va a pasar de una mala digestión. Al fin y al cabo ya conocemos todo lo que dice, no nos informa de nada nuevo. Si acaso nos parece nuevo será a causa de nuestra ignorancia, inexcusable si somos nacidos antes de 1970, comprensible si somos más jóvenes y hemos crecido en plena era de la informa-

ción, por paradójico que parezca. Pero si Hessel confía en sensibilizar a los jóvenes y pasarles el relevo del espíritu de la Resistencia, mejor que no se haga ilusiones.

RESISTENCIA PACÍFICA

La apuesta de Hessel por la no violencia es posiblemente el elemento más valioso de este escrito, aunque es necesario remarcar que el espíritu del pacifismo al que Hessel se remite (Gandhi, Martín Luther King) se contradice con el espíritu de la Resistencia francesa contra el invasor nazi, que era eminentemente militar. Así que Hessel debería dar cuenta de este desajuste entre la tradición ideológica que pretende seguir y el referente histórico que se empeña en mostrar como punto de partida.

No por haber contradicción entre una cosa y otra podemos reprochar a Hessel haber participado en la defensa de su país ante un enemigo terrible. En su época era casi moralmente obligado combatir a los nazis, y hay que señalar que ningún movimiento pacifista habría conseguido echarlos de Francia ni vencerlos. Pero hoy no estamos ante un invasor concreto que muestre sus colores victoriosos ni cuelgue sus estandartes en nuestras calles y nos obligue a desfilar bajo ellos. Es evidente que en muchos lugares del planeta pueden darse experiencias similares a las vividas por Hessel en 1940, y que muchos jóvenes pueden sentirse como él sin haber leído, ni falta que les hace, su panfleto. Pero la inmensa mayoría de jóvenes occidentales que pretendan indignarse siguiendo las consignas de Hessel, deberán aguzar los sentidos y transformarse en seres especialmente sensibles para captar al enemigo en este entorno tan amigable que las sociedades capitalistas han construido en Europa.

Atención: el enemigo es eso que ha sabido canalizar nuestra necesidad de indignación hacia la adquisición de un producto fungible. Y después, todos esos millones de personas, jóvenes y mayores, que han leído el panfleto de Hessel, e incluso se han indignado con él, ¿qué harán?

Hace años que en el panorama ideológico francés hay un movimiento activista alternativo que encaja en los presupuestos de Hessel de resistencia pacífica, sin dependencias históricas, armado sobre valores morales universales, interesado en la cooperación colectiva para mejorar el mundo allá donde sea necesario. Ese movimiento se llama *décroissance* (decrecimiento), y pretende una cosa que en todo el mundo provoca cierto desagrado, hasta el punto de desinteresar inmediatamente: que el primer mundo pierda riqueza para que la obtengan los países más pobres; que cedamos parte de nuestro alto nivel de vida para que otros lo eleven; que trabajemos menos horas para ganar menos y consumir menos, y así ceder parte de nuestro tiempo de trabajo a otros que no tienen y ganar nosotros (que un poco de egoísmo está muy bien) una mayor calidad de vida en forma de *tiempo* que el sistema no nos destine a trabajarle o a consumirlo.

El escaso seguimiento de esta propuesta, mucho más concreta que la llamada a la indignación que hace Hessel, es una muestra más de la indiferencia que generan todas las propuestas movilizadoras contra un sistema del que, en alguna medida, nos beneficiamos. El neoliberalismo tiene una gran ventaja: el capital satisface un gran número de eso que unos consideran pecados capitales, como la avari-

cia. Por eso es tan difícil de combatir en el terreno social. El capital ha recuperado fuerzas ante lo social. El capital se impone; sólo había sufrido un retroceso ocasional, durante el cual se ha recuperado al tiempo que se han desgastado las fuerzas sociales. Tampoco esto es nuevo. Marx dijo que en la competencia entre capital y trabajo, el primero siempre tiene ventaja sobre el segundo; y por eso es necesaria una revolución que rompa con las estructuras del capital. Pero la revolución fracasó y todo ha vuelto a su lugar inicial, y sigue en pie la ventaja del capital sobre el trabajo, ahora reforzada: nadie cree en la necesidad de romper las estructuras del capital, sino de contar con ellas.

Nadie va a llegar a tanto como para pasar de la indignación personal a la movilización colectiva. La única movilización que ha habido se ha limitado a los espacios de las librerías, acotada en los medios, o en las tertulias, en los cafés. Todo muy inocente, todo desarrollado en el terreno del capital, en el mercado de la información. Después de la indignación, Monsieur Hessel, y créame que lo siento, no va a pasar nada de nada.